

CAPITULO XII.

ALMONDHIR Y ABDALLAH EN CÓRDOBA:
ALFONSO III. EN ASTURIAS.

De 866 á 912.

Proclamacion de Alfonso III., el Magno.—Breve usurpacion del conde Fruela.—Su castigo.—Primeros triunfos de Alfonso sobre los árabes.—Casa con una hija de García de Navarra.—Consecuencias de este enlace para los navarros.—Conjuracion de los cuatro hermanos de Alfonso.—Brillantes victorias de este sobre los árabes: en Lusitania; en Zamora.—Calamidades en el imperio musulman.—El rebelde Hafsùn y su hijo.—Batalla de Aybar, en que perece García de Navarra.—Condes de Castilla y Alava.—Fundacion de Burgos.—Tratado de paz entre Mohammed de Córdoba y Alfonso de Asturias.—Conspiraciones en Asturias descubiertas y castigadas.—Misteriosa muerte de Mohammed.—Breve reinado de Almondhir.—Famosa rebelion de Ben Hafsùn.—Emirato de Abdallah.—Complicacion de guerras y sediciones.—Campanas felices de Abdallah.—Renueva la paz con Alfonso de Asturias.—Sus consecuencias para uno y otro monarca.—Conjúranse contra Alfonso la reina y todos sus hijos.—Magnánima abdicacion de Alfonso.—Reparticion de su reino.—Primer rey de Leon.—Origen y principio del reino de Navarra.—Origen y principio del condado independiente de Barcelona.

Catorce años solamente tenia Alfonso, el hijo de Ordoño, cuando su padre le asoció ya al gobierno del reino. Diez y ocho años cumplia cuando en mayo de 866 entró á reinar solo bajo el nombre de Alfon-

so III, confirmando los prelados y próceres la voluntad de su padre ⁽¹⁾. Parecia haberse contaminado el reino de Asturias con el ejemplo del de los árabes, pues nunca faltaba ya ó algun magnate ó algun pariente del rey electo que le disputára la posesion del trono. Esto hizo con el tercer Alfonso el conde Fruela de Galicia, que puesto á la cabeza de un ejército marchó atrevidamente sobre Asturias, y hallando desapercibidos á los nobles y al rey penetró en Oviedo y se apoderó del palacio y de la corona, teniendo el jóven Alfonso que huir á los confines de Castilla y Alava, como en otro tiempo y por igual motivo habia tenido que hacerlo Alfonso II. De brevísima duracion fué su ausencia, porque volviendo pronto en sí los nobles asturianos, irritados contra el usurpador, asesinaron una noche á Fruela en su palacio, llamaron á Alfonso, y volvió el jóven príncipe á tomar posesion del trono que le pertenecia con gran contentamiento del reino.

Si en esto se asemejé el principio de su reinado al

(1) Mariana, en su empeño de hacer desde el principio hereditaria la corona de Asturias contra todos los datos históricos, no podia dejar de decir que pertenecia de derecho á Alfonso, por ser el mayor de los hermanos. El trono de la restauracion no era mas hereditario que el de los godos: lo que hacian los monarcas era asociarse en vida aquel de sus hijos que querian les sucediese para allanar así el camino á la eleccion, y el clero y la nobleza solian con-

descender con la voluntad del padre cuando no habia un motivo poderoso para excluir al hijo. Así tácitamente y por consentimiento se fué haciendo el trono hereditario, como lo iremos viendo.—En cuanto á las variantes que se notan en la cronología del tercer Alfonso entre las crónicas de Albelda, de Sampiro y del Silense, parecen que las concierta cumplidamente el erudito Risco en la España Sagrada, tom. 37, cap. 25, á quien seguimos.

de su abuelo Ramiro, parecióse al de su padre Ordoño en haber tenido que hacer el primer ensayo de sus armas en reprimir una insurrección de los alaveses, siempre inquietos y mal avenidos con la dominación de los reyes de Asturias. La presencia y resolución del joven monarca, que voló á apagar aquel incendio, desconcertó á los sublevados, que asustados ó arrepentidos, le prometieron obediencia y fidelidad, y el autor de la sedición, el conde Eilon, prisionero y cargado de cadenas fué llevado por Alfonso á Oviedo y encerrado allí en un calabozo, donde acabó sus días ⁽¹⁾. El gobierno de Alava fué confiado al conde *Vigila* ó *Vela Jimenez* (867).

(1) Sampiro, Chron. p. 838.— La tradición vascongada supone que apenas regresó Alfonso á Oviedo los habitantes de Vizcaya, provincia entonces comprendida en Alava, se rebelaron contra Alfonso, y congregados so el árbol de Guernica nombraron por su señor ó *jaona* á uno de sus compatriotas llamado *Zuria*: que Alfonso despachó á Odoario á sofocar esta nueva insurrección, y que habiendo encontrado á los sediciosos en la aldea de *Padura*, no muy lejos del sitio donde mas adelante se edificó Bilbao, se empeñó un sangriento combate, en que las tropas reales quedaron completamente derrotadas y muerto su jefe: que en memoria de tan señalado suceso el lugar de *Padura* tomó el nombre de *Arrigorriaga*, que en la lengua del país significa *pedras bermejas*, aludiendo á la mucha sangre de que quedó teñido: que Alfonso

ocupado en otras guerras no pudo ó no cuidó de vengar esta derrota, y que de aquí data la independencia del señorío de Vizcaya, suponiendo á los señores de la tierra descendientes y sucesores de *Zuria*. Mas como todas estas relaciones no se apoyan en documento alguno histórico de que tengamos noticia, nos contentamos con indicárselas sin admitirlas.—Sobre esto y sobre los demás precedentes en que pretenden los vizcainos apoyar la antigüedad de su señorío, trató de propósito el erudito Llorente, *Noticia de las Provincias Vascongadas*, tom. I. cap. 9.— Todo esto acogió con su acostumbrada sinceridad el P. Mariana, y además supone un señor de Vizcaya nombrado *Zenon*, descendiente de Eudon, duque de Aquitania, de que no nos habla escritor alguno de aquellos tiempos.

Aunque de pocos años Alfonso, y teniendo, por rival á un príncipe tan avezado á los combates, tan valeroso y resuelto como Mohammed de Córdoba, estaba destinado á dar un gran impulso á la restauración española y á merecer el renombre de *Magno* que se le aplicó y con que le conoce la posteridad. Una escuadra musulmana á las órdenes de Walid ben Abdelhamid se había dirigido á Galicia. Al abordar á la desembocadura del Miño desencadenóse una borrasca de cuyas resultas se perdieron ó estrellaron casi todos los buques, pudiendo apenas el almirante Walid regresar por tierra á Córdoba, no sin riesgo de caer en manos de los cristianos. Alentado el rey de Oviedo con este desastre, atrevióse á pasar el Duero y tomó á Salamanca y Coria. Verdad es que no pudo conservarlas, porque los walies de la frontera se entraron á su vez por el territorio cristiano; pero en cambio, habiéndose internado mas de lo que la prudencia aconsejara, se vieron de improviso acometidos y envueltos en terreno donde no podia maniobrar la caballería, y una horrible matanza fué el castigo de su temeridad. Los árabes no disimularon su consternación (868), y Alfonso se retiró tranquilo y triunfante á su capital.

Fueron los árabes, capitaneados por el príncipe Almondhir, á probar mejor fortuna por la parte de Afranc y montes Albaskenses. Tampoco fueron felices en esta expedición. Almondhir intentó, pero no pudo

tomar á Pamplona , defendida por García , hijo del otro García el yerno de Muza. Levantó, pues, el sitio, y dirigió sus huestes sobre Zaragoza , resuelto á castigar al viejo Muza que aun se mantenía allí. Prolongóse el sitio por todo el año , hasta que habiendo ocurrido la muerte de Muza, no sin sospechas de haber sido ahogado en su misma cama, se rindió la ciudad (870). Pero el espíritu de rebelion estaba como encarnado ya en el corazón de los musulmanes españoles, y á pesar de la muerte trágica de Muza, y de la rendicion de Zaragoza, otra sublevacion estalló en la siempre inquieta Toledo. Dirigíala Abdallah, nieto del mismo Muza, é hijo de aquel Lupo que habia vivido en Asturias en compañía del rey Ordoño. Era hombre de ánimo y de experiencia, y los cristianos fomentaban aquella rebelion. Acudió Mohammed en persona como en tiempo de Lupo, y limitóse como entonces á sitiar la ciudad. Cuando Abdallah conoció que no podía resistir á las numerosas tropas del emir, salió con pretesto de reconocer el campo enemigo, y despachó luego comisionados aconsejando á los toledanos que se sometiesen á Mohammed. Poco faltó para que la plebe indignada despedazase á los enviados de Abdallah; con dificultad pudieron contenerla los hombres mas prudentes y de mas influjo; al fin, aunque de mala gana, vinieron á capitulacion y se estipuló la entrega de la ciudad á condicion de que se echaria un velo sobre lo pasado. Muchos generales aconsejaban al emir que

hiciese demoler las murallas y torres de un pueblo en que se abrigaba gente tan indómita y discola, y que seria un perpétuo foco de revolucion; pero los hijos de Mohammed fueron de contrario parecer y prevaleció su dictámen ⁽¹⁾.

Realizóse en este tiempo un suceso que habia de ejercer grande influjo en la posicion respectiva de los cristianos entre sí y en sus relaciones con los musulmanes. Los vascones navarros que desde la derrota del ejército de Luis el Benigno en 824 en Roncesvalles habian sacudido la tutela forzosa en que querian tenerlos los monarcas francos, se habian sostenido en una situacion no bien definible, ni enteramente sujetos á los reyes de Asturias, ni del todo independientes, aliándose á las veces con los sarracenos para libertarse del dominio, ya de los cristianos de Aquitania, ya de los de Asturias, y gobernábanse por caudillos propios, condes ó príncipes, que ejercian entre ellos una especie de autoridad real. Los monarcas asturianos solian domeñarlos de tiempo en tiempo, pero manteníase siempre viva una rivalidad funesta para los dos pueblos, y funesta tambien para la causa del cristianismo. Ejercia esta especie de soberanía en aquel tiempo aquel García gobernador de Pamplona y de Navarra, hijo del otro García Iñigo, acaso el conocido con el sobrenombre de *Arista*. Viendo Alfonso III. la

(1) Conde, cap. 54.

dificultad de someter á García, y deseoso de robustecer el poderío de los cristianos, hizo con él una alianza política, que quiso afianzar con los lazos de familia, y pidió y obtuvo como prenda de seguridad la mano de su hija Jimena. De este modo esperaba reunir todas las fuerzas cristianas de España contra e comun enemigo. De cuyo principio nace que los caudillos, condes ó soberanos del Pirineo, comenzáran á obrar como reyes, considerando como separados de la corona de Asturias los territorios de Pamplona y Navarra, que hasta entonces se habian mirado como anexos, agregados ó dependientes ⁽¹⁾.

Hácia esta época se refiere la conjuracion que al decir del cronista Sampiro tramaron contra el trono y la vida de Alfonso sus cuatro hermanos ó parientes, Fruela, Nuño, Veremundo y Odoario; conjuracion que castigó el monarca haciendo sacar á todos cuatro los ojos, horrible pena que las bárbaras leyes de aquel tiempo autorizaban; añadiendo el obispo cronista la circunstancia difícilmente creible, de que Veremundo ó Bermudo, ciego como estaba, logró fugarse de la prision de Oviedo, y refugiándose en Astorga se mantuvo independiente en esta ciudad por espacio de siete años, aliado con los sarracenos ⁽²⁾.

Si fueron estas disensiones domésticas las que

(1) Sampiro, Chron. c. 1.—Ró- de que volveremo á hablar luego.
zase esto con el oscuro y cuestionado origen del reino de Navarra, (2) Id. l. c.

animaron al príncipe Almondhir á penetrar en los estados de Alfonso, engañáronle sus esperanzas, pues pronto las márgenes del pequeño rio Cea que riega los campos de Sahagun quedaron enrojecidas con la sangre de los mas bravos caballeros musulimes de Córdoba y de Sevilla, de Mérida y de Toledo (873). Limitáronse con esto los árabes por algunos años á guardar sus fronteras, si bien no pasaba dia, dicen sus crónicas, en que no hubiese vivas escaramuzas entre los guerreros de uno y otro pueblo. Y hubié- rales sido muy ventajoso mantenerse en aquel estado de defensiva, puesto que habiendo tenido Almondhir la temeridad de penetrar mas delante en Galicia, pais (dice su historiador biógrafo) el mas salvaje y el mas aguerrido de los pueblos cristianos, no solo le rechazó Alfonso hasta sus dominios, sino que invadiéndolos á su vez, tomó el castillo de Deza y la ciudad de Atienza, arrojó á los musulmanes de Coimbra, de Porto, de Auca, de Viséo y de Lamego, empujándolos hasta los límites maridionales de la Lusitania, y poblando de cristianos aquellas ciudades (876). En una de estas expediciones fué hecho prisionero el ilustre Abuhaid, primer ministro de Mohammed, que rescató su libertad á precio de mil sueldos de oro, teniendo que dejar en rehenes hasta su pago á un hijo, dos hermanos y un sobrino ⁽¹⁾. Tampoco fué mas di-

(1) Cron. Albeld. n. 64 y 62.—Conde, cap. 55.

choso Almondhir en el ataque de Zamora. Alfonso había fortificado y agrandado esta pequeña ciudad del Duero. La importancia que con esto había tomado movió al príncipe musulmán á ponerle sitio en 879. Apurada tenía ya la ciudad cuando supo que el rey de Asturias venía en su socorro con numeroso ejército. Y como durante el sitio se hubiera eclipsado una noche totalmente la luna, tomáronlo los supersticiosos musulmanes por mal agüero, y cuando salieron al encuentro de Alfonso, y Almondhir los ordenó en batalla para la pelea, negábanse todos á combatir, y costó gran trabajo y esfuerzo al príncipe Omniada y á sus capitanes hacer entrar en órden á los atemorizados musulimes.

Vinieron por último á las manos los dos ejércitos en los campos de Polvoraria, orillas del Orbigo, no lejos de Zamora. También aquellos campos como los de Sahagun quedaron tintos de sangre agarena: quince mil mahometanos degollaron allí los soldados de Alfonso, y á excitacion y por consejo de Abuhálid, el que había estado antes prisionero, se ajustó una tregua de tres años entre cristianos y musulmanes. Entonces fué cuando Alfonso sometió también á Astorga, y obligó á su hermano Bermudo el ciego á huir de la ciudad y buscar un asilo entre los árabes sus aliados ⁽⁴⁾.

(4) Conde, cap. 55.—Albeldens, n. 62 y 63.—Sampir, Cron. n. 3.

Al terminar aquel armisticio (831) ocurrió en el Mediodía y Occidente de España un suceso, que aunque ageno á las guerras, influyó de tal modo en los supersticiosos espíritus de los musulmanes que los sumió en el mayor abatimiento. Un escritor arábigo lo refiere en términos tan sencillamente enérgicos, que no haremos sino copiar sus mismas palabras. «En el año 267 (dice), día jueves, 22 de la luna de Xaval (25 de mayo de 884), tembló la tierra con tan espantoso ruido y estremecimiento, que cayeron muchos alcázares y magníficos edificios, y otros quedaron muy quebrantados; se hundieron montes, se abrieron peñascos, y la tierra se hundió y tragó pueblos y alturas; el mar se retiró de las costas, y desaparecieron islas y escollos. Las gentes abandonaban los pueblos y huían á los campos, las aves salían de sus nidos, y las fieras espantadas dejaban sus grutas y madrigueras con general turbacion y trastorno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa semejante: se arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y occidental de España. Todas estas cosas influyeron, tanto en los ánimos de los hombres, y en especial en la ignorante multitud, que no pudo Almondhir persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco frecuentes, que no tenían influjo ni relacion con las obras de los hombres ni con sus empresas, sino por su ignorancia y vanos temores, que lo mismo temblaba la tierra para los

«muslimes que para los cristianos, para las fieras que para las inocentes criaturas.»

No se habían recobrado los árabes del espanto que les causara tan terrible terremoto, cuando una tormenta de otro género se desgajó sobre ellos de los riscos de Afranc, y montes de Albortat, de las breñas de Aragon y de Navarra. Aquel Hafsún, el antiguo capitán de bandoleros, el gran revolucionario de Roda y Ainsa, el que engañó á Mohammed y degolló traidoramente á su nieto Zeid ben Cassim y á sus tropas en los campos de Alcañiz, y á quien vimos despues desaparecer solo en las fragosidades de las montañas de Arbe, reaparece al frente de innumerables huestes, y descolgándose de los bosques que le sirvieron de guarida, recorre todo el país hasta el Ebro: los wáltes de Huesca y Zaragoza intentan detener en Tudela el curso de este torrente, y son arrollados por la impetuosa muchedumbre. El rey de Navarra, García Iñiguez, con sus cristianos marcha ahora incorporado con el intrépido Hafsún. Mohammed lo sabe y se pone en movimiento con su caballería: reúnenle todos los mejores caudillos árabes, cada cual con las tropas de su mando; sus dos hijos Almondhir y Abu-Zeid, padre este último del desgraciado Zeid ben Cassim, Ebn Abdelruf y Ebn Rustan, son los que guían el grande ejército que marcha contra los confederados. Temiendo estos venir á batalla con tan formidable hueste, se retiran precipitadamente

mente á sus montañas; pero en esta ocasion, dice arrogantemente un escritor árabe, «las montañas eran para los muslimes iguales á las llanuras.» Un día, á primera hora de la mañana, encuentran á los enemigos tan cerca, que les fué imposible á estos dejar de aceptar el combate. Era en un lugar llamado Larumbe en el valle de Aybar (Eibar llaman otros), de donde tomó el nombre la batalla. Peleóse bravamente de una parte y otra; mas declaróse el triunfo por los árabes, y los campos quedaron regados con sangre cristiana. El rey García Iñiguez murió en la pelea, y Hafsún quedó mortalmente herido, de cuyas resultas murió, como veremos despues. Gran triunfo fué el de Aybar para los musulmanes. Almondhir permaneció en la frontera hasta el fin del año 882, y Mohammed regresó á Córdoba, donde fué recibido como acostumbra serlo los triunfadores.

Entretanto, cumplido el plazo de la tregua, distraído Mohammed por la parte de Navarra, y no pudiendo las armas de Alfonso permanecer ociosas, entrase el rey de Asturias por tierras enemigas, pasa el Guadiana á diez millas de Mérida, avanza hasta las ramificaciones de Sierra-Morena, encuentra allí un cuerpo sarraceno, le derrota, mata algunos millares de enemigos y regresa victorioso á sus montañas. Por primera vez desde el tiempo de la conquista hollaron plantas cristianas aquellas cordilleras: ningun príncipe se habia atrevido á llevar tan adentro sus estandartes.

La derrota de Aybar, aunque terrible, no escarmentó todavía á los parciales de Hafsún. Y aunque el famoso caudillo sucumbió á los pocos meses de resultas de sus graves heridas, quedábale un hijo, heredero de los odios de su padre y de su tribu. Quedaban también los hijos de Muza el renegado, Ismael y Fortun, que aun retenian á Zaragoza y Tudela; todos enemigos de Mohammed. Por otra parte aquel Abdallah, hijo de Lupo, antiguo gobernador de Toledo, celoso de las relaciones que habia entre el rey de Asturias y los hermanos Ismael y Fortun, se desprendió de la alianza de aquel y buscó la del emir de Córdoba, que con este arrimo se creyó bastante fuerte para acometer las posesiones de Alfonso en Alava y Rioja. Pero inútilmente atacó el castillo de Celorico, que defendió briosamente el conde de Alava Vela Jimenez. Tampoco pudo rendir á Pancorbo, que defendia el conde de Castilla Diego Rodriguez, por sobrenombre Porcellos, y solo pudo tomar á Castrojeriz, que el conde Nuño habia abandonado por no hallarse en estado de defensa.

Corrióse luego Almondhir hácia la comarca de Leon, y entró en Sublancia, abandonada por sus moradores. Pero la espada de Alfonso el Magno le amenazaba ya de cerca, y no creyéndose seguro el príncipe Ommiada ni aun al abrigo de aquellos muros, retiróse á los estados de su padre, batiendo de paso á Cea y Coyanza, destruyendo el monasterio de Saha-

gun, y dejando en la frontera á Abul-Walid, que negoció con Alfonso dos cosas, primeramente el rescate de su familia que aun estaba en poder del monarca cristiano y que éste generosamente le resituyó, despues de una paz entre el emir y el rey de Asturias. Para acordar las bases de esta paz fué enviado por el monarca cristiano á Córdoba un sacerdote de Toledo llamado Dulcidio. Estipulóse muy solemnemente y despues de muy madura deliberacion en 883 el tratado entre los dos príncipes, entrando en las condiciones una cláusula que revela bien el espíritu de aquella época, á saber, que los cuerpos de los santos mártires de Córdoba Eulogio y Leocricia habian de ser trasladados á Oviedo, lo cual se verificó con gran pompa y solemnidad. La paz pareció haberse hecho con sinceridad por parte de ambos soberanos, puesto que no se quebrantó ni el reinado de Mohammed ni en los de sus dos hijos y sucesores. El uno de ellos, el ya célebre guerrero Almondhir, fué declarado aquel mismo año *alhadi* ó futuro sucesor de su padre y reconocido por todos los grandes dignatarios del imperio, segun costumbre ⁽¹⁾.

Desde este tiempo quedaron incorporadas al reino de Asturias, Zamora, Toro, Simancas, y otras poblaciones del Pisuerga y del Duero que se iban ya haciendo importantes. Se aseguró al rey de Oviedo la

(1) Albeld, n. 76.—Risco, Esp. Sagr. Tom. 37.—Conde, cap. 37